

LOS APARECIDOS – Renato Paone-

Autor: **RENATO PAONE**

Título del capítulo: **LOS APARECIDOS**, Sobre el tema de Víctor Jara

Título del libro: **Inti-Ilumani, 50 historias**

Autor: **Marcelo Cornejo**

Año de publicación: 2017

Ciudad y país: Santiago de Chile, Chile.

Editorial: Independiente

No le debía nada a nadie, no había cometido ningún delito, aun así tenía que caminar entre las sombras, de rincón en rincón para no ser visto por ellos, a los catorce años mi peor crimen había sido escribir en las paredes del colegio el nombre de la niña que me gustaba, aun así no podía ser visto después de las 8 de la noche en las calles porque podrían dispararme; desde las 7 de la noche las calles quedaban vacías, el pueblo se convertía en un fantasma aterrado por el miedo, aun así yo asistía al sagrado encuentro con mis amigos melómanos; esa noche era especial, no por haberme encontrado de frente con un amigo de la infancia que podía haberme asesinado por estar a esa hora en la calle pero que me perdonó la vida diciéndome, "todo bien parece, cuando tengan concierto me avisa que a mi me gusta esa musiquita" , sino porque bajo el brazo llevaba el nuevo LP que me había regalado mi madre, que al ver que me iba gustando la "música andina" y aprovechando su viaje al parque principal del pueblo, guiada por la imagen de la carátula decidió comprarme "Inti Ilumani, en directo". Cuando llegué a casa de mis amigos, aparte del susto mezclado con júbilo, reinaba un ambiente de alegría por descubrir juntos nuevas músicas; miramos, leímos, y como siempre, escogimos al azar el primer tema a escuchar, ese nombre le salía al disco, "**El Aparecido**" y vaya sorpresa, justo sonaba la que podía ser la banda sonora para la riesgosa correría entre mi casa y el sitio escogido para la audición de esa noche; "correlé, correlé, correlé, correlé que te van a matar".

Esa tarde le habían hecho el cuarto atentado a "la nigua", uno de los sicarios más temidos de la época, y como en los anteriores lo habían logrado matar, pero también como en los anteriores, se había levantado y caminado hasta su casa, esa noche se complementaba con el ofrecimiento hecho por la mafia a quien asesinara policías, cada uno lo pagarían a dos millones de pesos, para los cazadores furtivos cualquier sombra podría ser un policía de dos millones,

primero mataban y luego preguntaban. Llegar a aquella casa y escuchar a Inti Illimani con sus voces recias y poderosas era un alivio, era un respaldo, podíamos soñar con la libertad, y no la libertad de la clase oprimida triunfando sobre la burguesía, sino con la más mínima libertad de salir a la calle y no tener que caminar entre muertos ni huir de balas y carro bombas, era esa mínima libertad la que queríamos, la que soñábamos.

Pasadas las horas descubriendo tan maravilloso trabajo, asombrándonos con el sonido "en directo", cantando a todo pulmón "el pueblo unido jamás será vencido", bailando a "tío caimán" y gritando la igualdad con "samba landó", llegaba la hora de volver a casa, volver a cruzar el pueblo en la profundidad de la noche, pero esta vez con un escudo protector, el LP de mis nuevos mejores amigos que indudablemente darían la vida por mí. Con la policía oculta por razones de seguridad solo quedaba esperar que las sombras fueran lo suficientemente oscuras para no quedar tendido en la calle por el simple hecho de no considerar normal el terror y hacer parte de los soñadores que sin quejarse del frío ni del sueño volábamos en la libertad de la noche y que de ahora en adelante nos declararíamos también hijos de la rebeldía, acogeríamos aquella canción como nuestro credo, siempre rezado por aquellas voces potentes que exigían libertad para un pueblo del que poco conocíamos, pero que intuíamos vivía condiciones similares al nuestro.

No sabía muy bien de que se trataba la dictadura, solo sabía que nadie debía ser castigado por pensar diferente, lo había aprendido en mi colegio cuando en pleno acto cultural decidí cantar a todo pulmón el "pueblo unido" en vez de "llegando llegaste", por cuestiones de dignidad, o de lo que uno a los catorce años llama dignidad y por esa causa, o más exactamente por decirle a los hermanos de las escuelas cristianas lobos con piel de cordero decidieron ajusticiar mis principios y expulsarme del colegio, al menos intentarlo.

La noche transcurrió en normalidad, no hubo sobresaltos, la nueva y ahora amada canción resonaba en mis oídos al regreso a casa, la emoción de aquel encuentro con mis nuevos amigos encerrados en la pasta negra me hizo pasar

la noche entera escuchándolos en silencio en la radiola de la casa, con los parlantes sin volumen, la aguja leyendo el vinilo permitía escuchar perfectamente en el vacío de la noche la música que brotaba de aquel roce. Era la magia de la tecnología de aquel momento.

El toque de queda ordenado por "ellos" respondía a un estado de guerra en el que como siempre, la población civil era la que más muertos ponía, sobre todo porque uno de los bandos estaba conformado por ésta. "Ellos", comandados por "el" luchaban contra el estado, era un juego a muerte en el que los cadáveres se quedaban sin puesto en el cementerio, y en el que llegar a los 20 años de edad era una proeza que pocos lográbamos, con el tiempo comprendería que la situación nos hacía iguales, un pueblo austral y un pueblo tropical cautivos de su propio pueblo, asesinados por su propia gente, desaparecidos en su propia casa, solo que aquí todos disparaban, eran todos contra todos.

Muchos, grandes y chicos, basándonos en este nuevo credo que habíamos descubierto una noche en que los policías los pagaban a dos millones de pesos, decidimos regalar nuestras vidas por la causa, causa madurada a palos, a plomo, y no era regalarla a la primera bala que nos atravesara el pecho, era, cómo nos los mandaban aquellas voces recias y poderosas, pasar sin quejas, en vela, con frío y a veces con hambre, llegando al sitio en que fuéramos necesarios a dar una voz de aliento, a compartir una canción o simplemente a estar ahí, a acompañar el miedo, o a mitigar el dolor de la muerte, una muerte que no dejó intacta una sola familia.

Resultó como si hubiésemos sido cantados tiempo atrás; en la oscuridad de la noche abríamos sendas por los cerros que eran barrios, cruzábamos el olor a miedo que rondaba el aire y dejábamos nuestro aroma a libertad, a canción sin límites, a olla comunitaria, a poesía tildada de panfleto. Siempre estuvimos en la mitad de los bandos, que a veces eran dos y otras veces no había forma de contarlos.

“Ellos” decían que no garantizaban la vida de nadie, los otros decían lo mismo pero con tintes estatales, y uno que otro justiciero hacía de las suyas, todos ponían precio a los muertos, los desaparecidos no tenían precio, nadie paga por lo que nunca verá, fueron cientos arrancados de sus casas, de sus esquinas, de sus familias, todos con alguna justa razón, la misma razón que ha mantenido a este país en guerra hace 120 años.

Inti Illimani no solo eran esos amigos que en la intimidad de las manifestaciones populares nos daban aliento, se convirtieron en nuestro pan de cada día, en el norte de una lucha perenne, porque sus principios ya no nos abandonarían. Viendo las calles del pueblo cubiertas con cuerpos, pensábamos en aquel aparecido que iba por todas partes sin ser visto liberando a todos, algún día, él mismo en persona vendría a nuestro pueblo perdido en la montaña, cuyo único rastro para poder encontrarlo era el olor a sangre mezclada con pólvora.

Comprendimos que estábamos bajo la dictadura más absurda, ninguna tiene lógica, pero en ésta nos matábamos para que en el norte impoluto los cuervos pudieran esnifar tranquilamente, pudieran echar a volar sus cabezas con el mejor producto, siempre teñido de sangre, siempre vestido de muerte. Aquí corríamos de un lado a otro, huyendo de todos, todos seguíamos como ciego los pasos de cualquiera que nos dieran alguna luz, aquí los aparecidos fuimos muchos, unos cayeron, otros se desvanecieron en el aire, otros profundizaron su lucha, pero ninguno abandonó la idea vital de la libertad.

Llegó el momento de hacer música, de juntarnos en la clandestinidad de la vida sin armas a cantar y por ende, a soñar; las quenas siempre querían ser alas y se volvían gritos de ¡basta ya!, el mismo grito que llevan nuestras voces hace ya cuarenta años, en los charangos y las guitarras bullía esa sangre andina que nunca ha dejado de luchar, y aquella canción que fue la iniciadora de un movimiento libertario artesanal y milimétrico, tomaba las riendas de un nuevo camino alejado de la sangre que nos rodeaba. Sin más armas que las canciones, construida palabra a palabra, persona a persona, gota a gota,

desde lo más humilde, sincero y natural, la libertad, cosa que resultó ser tan rara para nuestros vecinos, fue tomando forma, fue siendo verdad, el acostumbramiento a ese tufillo a sangre que permanecía en las calles fue desplazado poco a poco por el olor de las flores, de las comidas recién preparadas, del café de la mañana, de la conversa en la acera, la realidad fue cambiando, el futuro comenzó a ser una opción.

Era la letra, la forma de cantar, el arreglo y hasta la forma en que estaba grabado aquel disco “en directo” que hizo que se instalara en mi memoria sonora, en mi forma de hacer y pensar, fueron ellos y su versión del aparecido los que me convencieron de nunca callar ante una injusticia, pero lograr desarrollar la poesía, la sutileza y hasta el sarcasmo tal que al decirlo no sonara como un simple reaccionario en este mundo perfecto y totalmente justo.

Renato Paone,
Bello, Colombia.
Abril 2017

